

XLV

PRISION EN PUEBLA

Del 1o. de Marzo al 19 de Septiembre
de 1865

Nuestra situación cambió grandemente en Puebla, porque fuimos entregados a fuerzas austriacas, que nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo a los Generales, Coroneles y Tenientes Coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban el General Don Santiago Tapia y el General Arce, que es ahora Gobernador de Guerrero, y permanecimos en ese punto como dos o tres meses.

Estando presos en el fuerte de Loreto nos volvieron a amonestar para que protestáramos no tomar las armas contra la intervención ni el Imperio, y protestaron todos los que estábamos prisioneros con excepción del General Santiago Tapia, del Coronel Don Miguel Castellanos Sánchez, del Capitán de Artillería Don Ramón Reguera, y de mí. Castellanos Sanchez no solamente se negó a protestar, sino que su negativa estuvo concebida en palabras muy duras y hasta descorteses, por cuyo motivo lo sometieron durante algunos días a prisión obscura y solitaria y lo trataron con severidad. Todos los demás prisioneros protestaron así los Generales como los jefes y oficiales. El Capitán Don José Guillermo Carbó había dicho al principio que no protestaba pero luego le indicaron que serían fusilados a media noche los que no querían protestar y entonces llamó al oficial y le dijo que firmaría la protesta y así lo hizo. No pusie

ron en libertad a Benítez ni a Ballesteros sin embargo de haber protestado, sino varios meses después y por recomendación del señor Don Bonifacio Gutiérrez.

Trancurrido algún tiempo nos pasaron al convento de Santa Catarina, en donde tenía yo arreglada mi evasión, para lo cual hice una mina en el lugar que quedaba debajo de mi cama. Estuve en una celda por mucho tiempo, acompañado de Benítez y Ballesteros; pero un día fingí un motivo de desagrado con ellos y solicitaron del Prevoste que les diera otra habitación y concedido esto, quedé yo solo, como lo deseaba, para poder dedicarme a continuar haciendo la mina que había comenzado.

Estaba situada mi celda en el primer piso del edificio, en una capilla que había sido celda de una monja milagrosa, en la cual había un pozo, cuya agua tenía según la tradición, virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que yo sacaba de mi obra, y cuando llegó más abajo del cimiento del edificio, seguí haciendo una galera horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella lo cual había rectificado por el ruido de los carruajes y porque mandé a mi mozo a que tocara toda la tapia exterior hasta donde yo respondiera. Sabía yo por consiguiente que ese lado daba a la calle, y tenía el propósito de escoger a los oficiales valientes que hubiera allí para que se salieran conmigo en una noche dada. Antes de que pudiera yo concluir esta obra, nos cambiaron súbitamente a otra prisión.

Ignoro si fué o no descubierta la mina que yo había hecho, aun cuando procuré cubrirla no tan sólo con palos y estacas, sino con algunos atravesaños que puse en forma de huacal, cubriendo toda con ladrillos. Permaneceríamos en Santa Catarina de cuatro a cinco meses, y de allí nos pasaron al convento de la Compañía, de donde me evadí.

Estando en la prisión del convento de la Compañía o Colegio Carolino, había yo pedido permiso para tomar algunos baños; pero se me obligaba a salir con un sargento austriaco; que me seguía como sombra a todas partes, y molestándome esto, no volví a pedir permiso,

En esos días había quedado con el mando del puesto, el Barón Juan de Csismadia teniente de un regimiento de húngaros, pues el jefe nato de la plaza, que era el Conde de Thum, había salido a campaña sobre la sierra de Puebla. El Teniente Csismadia me preguntó una vez con mucha cortesía, el motivo por que yo no pedía ya permiso para ir al baño, Le contesté que

me molestaba la compañía del sargento que iba conmigo; y entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así, pero usó de muchas precauciones como ocupar una silla frente al cuarto en donde me bañaba y prohibir que fueran ocupados los baños contiguos a ambos lados y que les cerraran las puertas. Exceptuando esta vigilancia me trataba con mucha cortesía; después del baño me llevó a almorzar a su casa y luego me invitó a ir a los toros y me trajo hasta en la tarde a mi prisión.

Al domingo siguiente me repitió su invitación, que contesté evasivamente y le dí las gracias. Me preguntó entonces si me consideraba deshonorado de andar en su compañía. Le contesté que aunque él era un caballero muy estimable las circunstancias en que nos encontrábamos el uno respecto del otro, hacían que me pudiera considerar deshonorado, porque se supondría que si no estaba yo al servicio del imperio, estaría próximo a aceptarlo, especialmente si como había pasado antes, no sólo me hacía el favor de conducirme al baño, sino que me llevaba después a almorzar con él. Entonces me ofreció que me llevaría simplemente al baño. Así lo hizo, y cuando volvimos a la prisión me dijo que él era accidentalmente el Comandante del puesto, que pensaba yo que muchos de mis compañeros habían obtenido ya su libertad mediante protesta, y que solamente yo no aceptaba esa oportunidad y que no podía predecir cuándo quedaría yo libre ni calcular el tiempo de mi prisión, puesto que no había esperanza de un motivo que pudiera causarla. Como ya me había inspirado confianza este oficial, le contesté que no consideraba el imperio en México de mucha duración.

Después de una conversación amistosa me manifestó que me iba a dejar en libertad en la ciudad; que su trato conmigo le había hecho comprender que era yo un oficial honorable, y que le bastaba que yo supiera que si abusaba de la libertad que me iba a conceder, perdería él su empleo de primer Teniente del ejército austriaco y su título de Barón, y que no volvería a presentarse a su Gobierno ni a su familia; que no me consideraba capaz de causarle males tan grandes y que en consecuencia confiaba en que yo no abusaría de la amplitud que me iba a dar, y que no me exigía respuesta porque presumía la que yo le daría. Diciendo esto, llamó al oficial de la guardia y le notificó que podía yo salir sin previo permiso todos los días, desde el toque de diana hasta el de retreta. Se despidió de mí cariñosamente y aunque en los primeros días no hice uso de esa licencia, poco

después comencé a salir, haciéndolo por primera vez para visitarlo en su casa y darle las gracias.

Cultivamos después alguna amistad el Teniente Csismadia y yo, aun cuando ya no salimos juntos a la calle. Esta consideración para conmigo costó caro al Teniente Csismadia, pues cuando volvió de su expedición el Gonde de Thun, le hizo un serio extramiento y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.

Al ocupar la plaza de México el 21 de junio de 1867 encontré entre los prisioneros húngaros que tomé al enemigo, al Teniente Csismadia que había ascendido ya a Mayor; lo puse desde luego en libertad y él aprovechó mi amistad personal para conseguir muchos favores y consideraciones para todos sus compatriotas que estaban a las órdenes del Príncipe Carlos Khevenhiiller y del Coronel Alfonso de Kodolits que habían caído prisioneros, hasta que al fin permití a todos que regresaran a su país, a bordo de la fragata austriaca "Novara" que había venido a Veracruz para conducir a Maximiliano.

El mal éxito que el Conde de Thun había tenido en su campaña de la sierra de Puebla, lo tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo a Puebla vino a la prisión y me llamó al salón de la Corte Marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno con maneras bastante duras que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenaba yo al General Juan Francisco Lucas, que no fusilara a los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el Gobierno imperial se proponía canjearlos por algunos de mis compañeros de prisión, y que podía yo ser uno de los canjeados. Manifesté al Conde de Thun que no podía firmar semejante carta, y que si la firmara le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero no podía yo dar órdenes, ni el General Lucas estaba obligado a obedecerlas.

En respuesta me reprochó que era raro que no quisiera yo firmar una carta semejante, cuando yo mismo había firmado en la prisión, y remitido al General Luis Pérez Figueroa. su despacho de General, lo cual era cierto y no se lo negué, manifestándole simplemente que no lo hacía desde el momento que mi palabra no le merecía crédito.

El Conde de Thun, me dijo entonces que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión estuviera yo tan insolente y que el Barón de Csismadia pudo haber causa-

do un grave perjuicio al Gobierno imperial, si yo me hubiera evadido aprovechándome de sus favores.

Contesté al Conde de Thun que mejor que él, conocía el Barón el carácter de los oficiales mexicanos, pues que él nunca los había tenido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores que no se les parecían; y que las garantías que el Barón de Csismadia había tomado para mi seguridad eran inquebrantables entre hombres de honor.

En ese mismo día entró el Conde de Thun a la prisión y ordenó la clausura de nuestras ventanas que daban a la calle, no obstante que tenían fuertes rejas de hierro, clavándolas y reforzándolas por dentro con maderos clavados, de modo que estábamos obligados a usar luz artificial aun de día, porque tampoco entraba la luz por la puerta de nuestra prisión que daba al corredor, pues éste estaba convertido en salón por medio de una tapia que cubría sus arcos. Aumentó también el servicio de centinelas de día y de noche en el interior de la prisión, prohibiendo que a ninguna hora de la noche se apagara la luz en los cuartos ni se cerrara la puerta, de modo que los centinelas que hacían su vigilancia en cada uno de los cuatro corredores que rodeaban el patio, entraban a hacer estación algunas veces a los cuartos, o cuando menos los examinaban cuando todos dormíamos.

XLVI

SEGUNDA EVASION DE PUEBLA

20 de Septiembre de 1865

La conducta que siguió conmigo el General Thun me obligó a festinar mi evasión. La había preparado para el 15 de septiembre, día de mi cumpleaños, pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la Independencia, no pude realizar mi propósito ese día, porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla contiguas a mi prisión, en virtud de la festividad cívica que se celebraba esa noche, y aplacé mi resolución para llevarla acabo el día 20.

Había yo comprado caballos y monturas, que tenía preparados en una casa tomada con nombre extraño y en la cual no había más habitante que mi criado que era de entera confianza, y arrendada por un amigo mío de Puebla, sin dar fianza como es de costumbre para no comprometer a nadie, y para evitar la fianza se pagaban mensualidades adelantadas.

El Teniente Coronel Guillermo Palomino y el Mayor Don Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron a jugar naipes, la noche en que me evadí a los demás compañeros de prisión para tenerlos distraídos y juntos, y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercebirse de lo que pasaba.

En la tarde del día 20 había yo añadido y envuelto en forma de esfera tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma para defenderme de cualquiera agresión.

Luego que pasó el toque de silencio, me fui a un salón des-
techado y que por esa circunstancia estaba convertido en azo-
tehuela y en donde la entrada y salida de los prisioneros no
llamaba la atención de los centinelas porque había allí inodo-
ros. Me dirigí a ese lugar llevando conmigo las tres reatas
envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no
había otra persona en la azotehuella, las arrojé a la azotea, y
con la otra reata que me quedaba hice una canal de piedra, que
me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades
porque no podía distinguir la canal, pues no había más luz
que la de las estrellas, por ser la noche muy oscura. Des-
pués de tirar el lazo sin ver y sólo calculando el lugar en que
estaba la canal, logré acertar la lazada y haciendo algunos es-
fuerzos para cerciorarme de su resistencia, subí por la cuerda
a la azotea; quité en seguida la cuerda que me había servido
para subir y recogí las tres que había tirado de antemano.

Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque,
punto señalado para mi descenso, era muy peligrosa, porque
en la azotea del templo que dominaba toda la del Convento, ha-
bía un destacamento y un centinela que tenían por objeto cui-
darnos por la azotea. La que yo recorría era sinuosa, porque
cada una de las celdas, tenía una bóveda semi-esférica lo mis-
mo que los espacios de los corredores comprendidos entre ca-
da arco. Así es que deslizándome entre esas medias esferas
y acostado sobre el suelo, caminaba hacia el pie de los centine-
las, puesto que tenía que buscar el ángulo del patio antes de
cambiar de dirección. La marcha diagonal que era más cor-
ta y más lejana del centinela, no podía ser sino aérea. Tenía
muy a menudo que suspender mi marcha y explorar con el
tacto, el terreno por donde tenía que pasar porque había sobre
las azoteas muchos pequeños pedazos de vidrio que hacían rui-
do al tocarlos, y porque eran muy frecuentes los relámpagos.
Llegué por fin a tocar el muro del templo, y como allí no po-
día verme el centinela sino inclinándose mucho, seguí de pie
y vine a asomarme a una ventana muy elevada que daba a la
guardia de prevención, con objeto de ver si había alguna alar-
ma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era muy incli-
nado y muy resbaladizo por las lluvias frecuentes, y sin poder
lo remediar me resbalaba hacia los cristales que eran poco re-
sistentes y me ví en peligro de rodar al precipicio, pues la al-
tura de la ventana era muy grande.

Para llegar a la esquina de la calle de San Roque, por don-

de me había yo propuesto descender, era necesario pasar por
una parte del convento que servía de casa al capellán, quien
tenía el antecedente de haber denunciado poco antes ante la
Corte Marcial, a los presos políticos que habían hecho una ho-
radación que fué a dar a esa casa, por la cual fueron fusilados
al día siguiente.

Bajé a la azotehuella de la casa del capellán en momentos
en que entraba un joven que vivía en ella y que probablemen-
te venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza.
Esperé que se metiera a su pieza y a poco salió con una vela
encendida y se acercó al lugar donde yo estaba. Me escondí
para que no me viera y esperé a que regresara. Permaneció
allí el tiempo necesario para concluir lo que había ido a hacer
y regresó a su pieza sin apercibirse de mi presencia. Cuando
consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y
dormido, volví a ascender a la azotea del convento, por el lado
del lote opuesto al en que me había servido para bajar y se-
guir mi camino por la azotea a la esquina de San Roque.

Una vez pasado este peligro, seguí mi marcha para la es-
quina de San Roque y una calle nueva que se llama de Alatri-
te y que corta el convento, quedando de un lado las casas que
han edificado los compradores, y del otro lado el convento. En
la esquina hay una estatua de piedra de San Vicente Ferrer,
que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi
cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo; pero tendría pro-
bablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera, y para
mayor seguridad no fijé la cuerda en él, sino en la piedra que
le servía de pedestal y que era a la vez la angular del edificio.

Me pareció que si descendía yo de esa esquina para la ca-
lle, podía ser visto por algún transeunte en el acto de desco-
ngarme por la cuerda, o visto ésta por el primero que pasara
por la calle, después de mi descenso, y por ese motivo me
propuse bajarme a un lote del ex convento que estaba cerca-
do, pero no edificado todavía sin saber que al pie del edificio,
donde yo debía descender, había unos cochinos encerrados en
un cercado formado con vigas.

Como al comenzar a descender giraba un poco la cuerda,
el roce que sufría yo por la espalda con la pared del edificio,
ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera de
la vaina, cayendo sobre los cochinos, y probablemente hirió a
alguno de ellos porque hicieron mucho ruido y se alarmaron,
todavía más cuando me vieron descender sobre ellos. Tuve

en consecuencia que dejar pasar un rato para que se aquietaran, con mucho temor de que el dueño de aquellos animales viniera a defenderlos, suponiendo que se trataba de robarlos. Cuando hubo pasado un poco el ruido, subí a la cerca del lote que daba a la calle; y tuve que retroceder repentinamente por que en esos momentos pasaba un gendarme recorriendo la calle y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado el gendarme descendí para la calle, pero tuve la desgracia de que se desprendiera sobre la banqueta una de las piedras del muro, la cual hizo mucho ruido que sin embargo no llamó la atención del gendarme. Al buscar mi daga noté que la había perdido y me expliqué la causa de los gritos de los cochinos.

Seguí violentamente mi marcha para la casa, donde tenía mis caballos, mi criado y un guía, y pude llegar a ella ya sin dificultad.

DOCUMENTACION

Inserto en seguida las cartas que dirigí, en Septiembre de 1865, al evadirme de Puebla, al General Thun y al Mayor Kerschel, con el objeto que en ellas se expresa.

CARTA DEL GENERAL DIAZ AL CONDE DE THUN

Puebla, 14 de Septiembre de 1865.

Muy señor mío: El teniente Schismandia que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme, dándome toda la franqueza que le fué posible, sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca había comprometido. Con el señor Schismandia sólo tenía la obligación, que tácitamente me impuse, de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada a mi favor; nada contraje expresamente al aceptar su gracia, que tampoco solicité, y sin embargo, nunca he estado más afanzado en mi prisión que durante el goce de aquella: pero usted que no conoce a los mexicanos sino por apasionados informes, que cree que entre ellos no hay más que hombres sin honor y sin corazón, y que

para conservarlos no hay otros medios que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad, sustituyendo con estos ineficaces lazos los muy pesados e indisolubles con que hábilmente el mencionado Schismandia me había reducido a la más completa inacción.

En Papantla y Tuxtepec tengo prisioneros del cuerpo que usted dignamente manda, y a quienes se da el mejor trato posible.

Si usted quiere que arreglemos un canje por otros de los míos, que aún queden presos, mande usted a Papantla un comisionado con sus poderes al efecto, y yo le ofrezco que quedará contento del éxito.—S. S. Q. S. M. B.—(Firmado.) Porfirio Díaz.—Sr. General Conde de Thun.—Presente,

CARTA DEL GENERAL DIAZ AL MAYOR KERSCHEL

Puebla, Septiembre 19 de 1865.

Muy señor mío: Perdone usted que no le preste mi mozo como tenía ofrecido y cuente usted con que personalmente desempeñaré la misión que usted desea.

Desde el 14 debí emprender mi marcha; pero usted llamó mi atención con un asunto importante a primera vista: en tal virtud, habría escrito a los señores Conde de Thun y Schismandia (1) esas cartas que ruego a usted haga llegar a sus respectivas manos.

Yo no me he podido resolver a sufrir prisión por tiempo indefinido; busco indistintamente la libertad o la muerte, en mi situación actual y la de mi patria, me es igual.

Llevaré siempre de usted gratos recuerdos y le ruego que desentendiéndose por un momento de su calidad de militar imperialista, juzgue mi conducta con toda su caballerosa justificación, porque sentiría mucho que tuviera usted mala opinión de su servidor Q. S. M. B.—(Firmado.) Porfirio Díaz.—Sr. Mayor D. Richard Kerschel.

(1) No se ha conseguido el texto de esta carta.

XLVII
EN CAMINO DE PUEBLA PARA EL RAN-
CHO DEL CORONEL BERNARDINO
GARCIA

21 de Septiembre de 1865

Una vez en mi casa donde me esperaba además de mi criado, un guía de a caballo montamos y salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba yo casi seguro de que sería detenido en la garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente, no fué esto así, pues la puerta de la garita estaba abierta y se veía luz en la habitación y un caballo ensillado en el porta; sin duda los empleados estaban dormidos, porque no se apercibieron de nuestra salida.

Una vez fuera de la garita, y calculando que era necesario ganar tiempo, hicimos nuestra marcha a galope durante más de una milla. Hubo un momento en que nos creímos sorprendidos por alguna patrulla, porque se nos marcó el alto con imprecaciones muy duras; pero no eran sino unos pobres indios metidos en una doble rampa, que al oír el tropel de gente a caballo y al galope, temieron que cayeran, como en efecto caímos sobre ellos porque una vez entrados nuestros caballos en la rampa de arcilla resbalosa con la lluvia fuimos a dar hasta el fondo sobre los burros y los indios. Después de cambiar las excusas que eran posibles, salimos por el lado opuesto y seguimos nuestro camino, evitando el paso por los lugares poblados, por cuyo motivo tuvimos alguna vez que

cruzar grandes sembrados de maíz ya seco, cuyas mazorcas golpearon mucho nuestras rodillas y las cabezas de nuestros caballos.

El Coronel Bernardino García debía esperarme con su guerrilla en el Paso de Santa María del R'ío, situado ya en los confines de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya García no me esperaba. Entre las 8 y las 9 de la mañana del 21 de octubre, llegamos al Paso del R'ío Mixteco sin ningún incidente notable. Como no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del Coronel Flón, yo no abandoné mi caballo ni mis armas; y mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas y los pasadores de servicio, pasaban sus caballos en pelo para volver a ensillarlos al otro lado, yo pasé a nado montado en mi caballo y esperé en el otro lado hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

Mi temor no era infundado: después de algunas millas que recorrimos a galope, llegamos al pueblo de Coayuca donde había una fiesta y donde probablemente con ese motivo habría algunos hombres de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo mandé al guía al centro del pueblo mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver a tomar el camino del otro lado.

En esa travesía me encontré con el Alcalde del pueblo a quien conocí por el bastón que llevaba y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que le alejara toda sospecha, y en la corta conversación que tuve con él, le hice entender que era yo un comerciante que iba a la costa a comprar ganado; pero desgraciadamente el hombre me reconoció, me felicitó por encontrar me libre y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en su pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno. Resistí a sus ofertas y seguí mi marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé a escuchar un tiroteo muy nutrido que de pronto me pareció serían fuegos de artificio, pero no tardé en oír los silbidos de algunas balas. Entonces me dirigí a galope sobre la colina, separándome del camino que debíamos llevar, y haciendo la travesía a campo traviesa.

Desde la colina pude ver que en efecto se trataba de un combate en el centro del pueblo y con más razón apresuré

mi marcha. A pocos momentos me alcanzó el guía, pues tanto él como yo conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso a la población con objeto de sorprender a los guerrilleros de García, que suponía que habrían concurrido a la fiesta, como en efecto concurrieron.

Seguimos sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba de allí unas 16 o 20 millas y que queda ya en territorio del Estado de Guerrero.

García tenía un sistema de aviso que lo ponía a cubierto de toda sorpresa y con ese motivo permanecimos allí desde el medio día, que fué la hora en que yo llegué, hasta el siguiente a las siete de la mañana.

Durante la noche vinieron a cumplimentarme más de diez municipalidades de los pueblos de los alrededores, que aunque aparentemente obedecían a las autoridades imperia- listas, simpatizaban con la causa de la independencia.

XLVIII

TEHUITZINGO

22 de Septiembre de 1865

A las 7 de la mañana del día 22 de septiembre emprendimos la marcha el Coronel García, un asistente, un clarín, yo, mi criado y mi guía.

Previamente había citado García a los hombres de su guerrilla, para un paraje despoblado en el camino de Tehuitzingo, uno de los pueblos del Estado de Puebla limítrofe con Guerrero, en el cual había unos 20 infantes de Guardia Civil imperialista.

Cuando llegamos al lugar de la cita, apenas éramos por todos 14 hombres montados todos y armados con pistolas de repetición y sables, y muy pocos, no llegarían a 8, con carabinas.

Hicimos algún rodeo para entrar a Tehuitzingo, por la parte más deprimida del terreno y mejor arbolada; y una vez allí nos dividimos en dos facciones que debían caer simultáneamente a la plaza donde estaba la guardia. La sorprendimos sin resistencia y sin efusión de sangre, nos hicimos de todas sus armas y municiones, y reclutamos en el pueblo muchos voluntarios que se nos presentaron, no con malos caballos, pero sí con pésimos aperos y la mayor parte sin armas. Los armamos con los fusiles quitados a los guardias civiles y así formábamos al anochecer 40 hombres.

Así comencé bajo muy buenos auspicios mi tercera campaña contra la intervención extranjera; la falta de recursos y la pobreza de los lugares por donde expedicionaba yo, no me permitieron por más de un año avanzar gran cosa; pero al fin, después de Miahuatlán, vino a coronar mi empresa el éxito más completo.

XLIX

PIAXTLA

23 de Septiembre de 1865

Con esa fuerza me dirigí al día siguiente a Piaxtla y Chinautla que son dos pueblos unidos, situados también en el Estado de Puebla, en busca de algunos fondos que me proponía sacar exclusivamente del cura; porque hay allí muchos santos que entonces eran dueños de varios manantiales de agua salobre, cuyas cosechas de sal constituían los fondos de cada santo, destinados a costear los gastos de sus respectivas fiestas anuales. Era seguro por esta razón que el cura no podía negarme esos fondos, pues en los libros de contabilidad de cada cofradía debía constar la existencia como en efecto constaba; y aunque mi petición al cura fué modesta porque le pedí a cada santo la mitad de su existencia, me manifestó que no tenía dinero en caja porque para no conservarlo sin producto, lo había repartido en el comercio a interés. Lo obligué sin embargo a recoger la cantidad pedida y estuvo haciendo esa colecta en el comercio, tardándose lo más que podía, con objeto de dar tiempo a que viniera de Acatlán un escuadrón de traidores que mandaba un Teniente Coronel Carpintero.

Aunque yo no sabía el objeto de la dilación del cura sí sospechaba algo de él y no quise pernoctar en el pueblo de Piaxtla; y cuando ya comenzaba a anochecer emprendí la marcha diciéndole al cura que al día siguiente volvería por el resto de la cuota que le había señalado. No era mi propósito tomar la vía de Acatlán, pero la tomé para desorientar al cura y al vecindario,

Casi en los suburbios de Piaxtla me encontré con el escua-

drón del Teniente Coronel Carpintero, y batiéndolo con los pocos hombres, bien montados, que había entre los que formaban mi fuerza, logré derrotarlo y llevarlo por toda la vía semicarretera, encerrado por dos cercas de mampostería seca o cercas de piedra suelta que formaba los lados del camino. Por consiguiente ni ellos ni nosotros podíamos salir de aquel carril, y los llevé en derrota por dos o tres millas, recogiendo muchas armas y caballos ensillados, pues para salir fuera del cercado tenía los derrotados que abandonar sus caballos, habiendo capturado cosa de 60. Temiendo que en Acatlán hubiera fuerza superior a la mía, y comprendiendo que el botín me ponía en mala condición para combatir, marché rápidamente al pueblo de Tecomatlán con objeto de dar algún reposo a mis soldados y caballada; lugar a propósito puesto que quedaba el Río Mixteco que estaba bastante crecido, entre Acatlán y Tecomatlán.

Al día siguiente se me incorporó el Teniente Coronel Don Juan José Cano, procedente de Tlapa, con 78 infantes, y bajo un gran chubasco pasé el río a la altura del pueblo de Tepetlapa, pueblo que era muy amigo mío, y permanecí en él tres o cuatro días más porque no cesaba de llover ni de día ni de noche. En Tepetlapa me alcanzó y se puso a mis órdenes con treinta caballos, el guerrillero Tomás Sánchez que murió poco después, en la acción de Omitlipa.

L

TULCINGO

10. de Octubre de 1865

En la madrugada del día 10. de octubre de 1865 cesó la lluvia y comprendí que era el momento oportuno para batir al Coronel Visoso que con una pequeña columna de 300 infantes y 50 caballos estaba acuartelado en Tulcingo, pues me pareció muy natural que el primer día útil después de aquellas lluvias y mal acuartelado como estaba, pensara en limpiar su armamento y que la hora más a propósito para caerle, serían las nueve o diez de la mañana. Antes que amaneciera emprendí mi marcha para Tulcingo, y ya muy cerca del pueblo en que había una calina de por medio, encontré a un hombre que venía con el pretexto de traer pan a Tepetlapa pueblo donde hay muchos panaderos. Me pareció desde luego inverosímil ese comercio y comprendí que era un explorador de Visoso. En efecto, con algunas amenazas me confesó que era explorador y me dió algunas noticias importantes, entre otras, que era cierto que la tropa estaba limpiando sus armas.

Después de un ataque de sorpresa, combinado y muy rápido sobre el atrio y templo, que era el lugar donde el enemigo se encontraba acuartelado, logré rendirlo, no obstante que hizo mucha resistencia hasta los últimos momentos, ocasionando pérdidas de consideración, pues recogí cuarenta muertos del campo de batalla. Visoso había huido con sus 50 caballos dejando en mi poder toda la infantería con sus armas, sus útiles de banda y tres mil y tantos pesos en oro que tenía su pagaduría.

Como era natural, entre la clase de gente que yo había re-

clutado, habían encontrado dueño los tres mil pesos, suponiendo que lo era legalmente su primer ocupante. Tuve gran dificultad para convencerlos de que eso no debía entenderse así. Entonces nombré pagador al Lic. Don Miguel Guerrero que se me había incorporado en Piaxtla, y allí comenzó mi contabilidad en toda esa campaña, que se cerró después de ocupar la Capital de la República.

Al día siguiente organicé a los prisioneros formando dos compañías que pomposamente llamamos batallones, dando a mandar una al Mayor Don Juan José Cano, que era un oficial de los que se nos habían incorporado en Tecamatlán, y la otra al entonces teniente y hoy General Don Mucio Martínez.

Con mi fuerza aumentada así, emprendí mi marcha para Tlapa del Estado de Guerrero, y en esa travesía se me incorporó el Coronel Don José Segura y Guzmán, procedente de la Mixteca, que venía al rumor de mi aparición por ese rumbo, con algunos hombres montados y armados.